

cripcion, de confiscaciones, que empezaron por los enemigos políticos y luego no reconocieron clasificacion ni límite. En Roma y en toda Italia, las bandas sylanas, acaudilladas por facinerosos, entre quienes ocupaba Catilina el primer lugar, sembraban el espanto. Todos los hombres ricos eran amenazados de muerte, para poder, con más seguridad, ser despojados de sus bienes; solo los tiempos más siniestros del imperio, presentan alguna analogía con el terror silano. Los numerosos detalles recogidos por la historia sobre este periodo memorable, ponen espanto en el ánimo y no los repetiremos. Nos bastará fijarnos en este hecho: la destrucción sistemática del Samnium; Sylla no quería que quedase vivo un solo samnita, y poco más ó menos, se cumplió su deseo. En aquel país de bravos, convertido en un cementerio inmenso, no volvió á haber otros habitantes, que los soldados del dictador esparcidos en diversas colonias.

Cuando el silencio reinó en Italia y no se oía más que el golpe del hacha ó el paso de los sicarios, Sylla formuló su legislación oligárquica. Se puede reducir á esto: el Senado, cuyos vacíos se llenaron con trescientos caballeros devotos del dictador, recobró el poder judicial y el derecho de examinar las leyes antes de ser presentadas á la asamblea popular, para dar su venia, los gobernadores de las provincias quedaban bajo su dependencia; restriccion del derecho de iniciar las leyes que tenían los tribunos, y del derecho del veto, arma poderosa de aquellos magistrados populares, que quedaron envilecidos, desde el momento que el que era tribuno quedaba inútil para cualquier otro cargo. El pueblo elector perdió en realidad su poder legislativo; la censura fué nulificada y deprimido el orden ecuestre.

Dió además algunas leyes penales, mutuarías y económicas, como la que perdonó una parte de las deudas. Por lo demás, prodigó el derecho de ciudad á los italianos, dejó á los nuevos ciudadanos repartidos indistintamente en las tribus, lo mismo que á los libertos con quienes inundó á Roma. Pero su obra predilecta fué la del establecimiento de colonias militares en toda la Italia.

Cuando hubo concluido de restaurar la oligarquía, abdicó la dictadura, ó por deseo de ver funcionar la nueva máquina gubernamental, ó por hastío y desprecio de los hombres, por ambas cosas quizá, y se retiró á su villa de Cumas. (79) Un año después, mientras se ocupaba en escribir sus memorias y en ejercer algunos actos de venganza, murió á consecuencia de una hemorragia, tranquilo y satisfecho «como un ciudadano en su ciudad.» (Corneille.) Roma le hizo funerales magníficos, sus veteranos le llevaron con una pompa inmensa al través de la Italia; dos mil coronas de oro se colocaron en su féretro y en torno de su pira danzaron el baile sagrado sacerdotes, senadores y caballeros. Un año llevaron luto las damas romanas.

Hombre singular: impío que tenía en su estrella una confianza ciega y que por eso se hacía clamar *Felix* y daba á su mujer y á su hijo los nombres de Fausta y Faustino. Jamás dudó de su fortuna y ésta nunca le fué infiel. Profundamente corrompido, y friamente cruel, su vida fué la de un sibarita enamorado de la sangre; tan voluptuoso y refinado que un gran historiador le ha llamado el *D. Juan* de la política (Mommsen) y capaz, á fuerza de excepticismo, de tanto desprendimiento, que ha sido posible compararlo sin sacrilegio á Washington (!). Sylla fué un hombre de extraordinarias cualidades inferio-

res á sus vicios; ni el éxito de su obra imposible de dar vida á una aristocracia podrida hasta la médula, está ahí para justificarlo. Lo que le dá un carácter típico, digámoslo así, es que fué el primer fruto maduro de aquella enorme organización de despotismo, de violencia y de corrupcion, producto de la reaccion del mundo conquistado sobre la ciudad conquistadora. Fué el primer emperador y es como una condensacion anticipada de todos ellos; génio, sensualismo, crueldad, energía, podredumbre, todo lo reunía. Su carácter ha sido un enigma para la historia, que jamás lo podrá absolver, pero que se lo explicará, dado el medio social en que vivió, en que las instituciones eran una mentira insolente y la virtud una tradicion risible.

POMPEYO.—A la muerte del dictador quedaron en pié el Senado henchido de facultades, pero sin un caudillo y los populares cuyo programa era la restauracion del tribunado, la supresion de las atribuciones judiciales del Senado, la vuelta de todos los proscritos, la devolucion de todos los bienes confiscados, la rehabilitacion de los muertos y el enjuiciamiento de todos los agentes del terror silano. En este sentido trabajaban el ánimo público en Roma y en Italia numerosas heterias, asociaciones análogas á nuestros modernos clubs poderosamente organizadas, focos de agitacion é instrumentos de dominacion para los audaces, entónces como ahora. Entre los dos extremos habia hombres que pertenecian al partido moderado y que aceptaban una parte del programa democrático en cuanto pudiera conciliarse con la vuelta á su antigua preponderancia de la aristocracia del dinero. Una generacion nueva comenzaba á descollar: Marcus Tullius Cicero, jóven abogado que se habia atrevido á manifestarse independiente aun en tiempo de

Sylla, ante los tribunales y que habia sorprendido á todos por la abundancia armoniosa de su frase y por la elegantísima habilidad con que manejaba la lengua; Cayus César, jóven inquieto y audaz, que á los veinte años se habia atrevido á desobedecer á Sylla, que le ordenaba repudiar á su mujer, hija de Cinna y que huyendo de la cólera del dictador habia ido á Oriente, habia mostrado un arrojo temerario en sus aventuras romancescas con los piratas y en el sitio de Mytilene y que por sus maneras afeminadas y elegantes habia cautivado al rey de Bythia Nikomedes, con cuyo motivo se formó en Oriente una abominable leyenda que en Roma se hizo luego popular entre los maldicientes. De este Julio Cayo César habia dicho proféticamente Sylla: hay dentro de esa túnica mal ceñida muchos Marios. Porcius Cato, austero afiliado en las doctrinas filosóficas del Pórtico, hombre que solo profesaba el culto de la verdad, ageno á toda nocion política positiva, enemigo de todas las facciones y amigo solo del deber contra todos, contra su tiempo y contra sus contemporáneos, figura sublime y fria que el destino deparó á Roma como para que la agonía de la República se impusiese al respeto de todos los siglos. Marcus Crassus, hombre vulgar de ambicion desmesurada, que habia empezado su fortuna con las confiscaciones ordenadas por Sylla y que era en aquellos momentos el capitalista más rico de Roma. Ligado con las heterias por un lado y gozando por otro de gran influencia en el Senado, aspiraba á ganar por medio de dinero el primer puesto en la República. En segunda línea venian los dos Lucullus, Lucio sobre todo, distinguido personaje á quien Sylla confió la tutela de su hijo y que en una campaña en Oriente desplegó talentos militares de primer orden, pero que inmensamen-

te rico y disgustado de la política pasó su vida en el fondo de sus palacios y de sus *villas* en medio de un lujo proverbial y entregado al cultivo de las letras griegas; y mas abajo todavía agitadores como Lépido, á quien Pompeyo habia logrado hacer cónsul á pesar de la oposicion de Sylla y que apenas habia muerto el dictador proyectaba destruir la constitucion oligárquica; Catilina, ferroz sicario de Sylla, lleno de energia y de talento, ligado por el crimen con una multitud de hombres como él, incapaces de encauzar sus pasiones y dispuestos para satisfacer su ambicion, á trastornarlo y á destruirlo todo. Hubo otro personaje, que pertenecia al patriciado y que pronto iba á alcanzar una innoble celebridad, Verres, en quien se personifica la que entendi6 aquella aristocrática por gobierno de las provincias; cuando gobernó la de Sicilia, se apoderó de todas las fortunas, que halló al alcance de su mano; saqueó insolentemente los templos, robándose las estatuas mas veneradas de los dioses para adornar sus galerías, tratando con los piratas que pillaban los convoyes de cereales que iban á Roma y capaz, en su desden insolente por las leyes de su país, hasta de crucificar á un ciudadano romano. El proceso de este célebre criminal habia de servir á Ciceron para obtener uno de sus mas espléndidos triunfos y al Senado para recibir una derrota irreparable.

Pero todas estas celebridades en el bien ó en el mal estaban por venir. El que ya la tenia pues que el, mismo dictador despues de algunas campañas felices le habia saludado con el nombre de *grande*, era Cneo Pompeyo. Hombre era este, de medianas virtudes, pero de aspecto augusto, vanidoso y bondadoso, capaz de hacer un honroso papel secundario y á quien el destino colocó siempre en primer término para

precipitarlo mejor: pocos hombres hay en la historia, que mereciesen menos su grandeza y su desgracia.

Apénas habia muerto Sylla y el Senado para desembarazarse de Lépido le habia encargado del proconsulado de la Narbonesa, cuando la revolucion estalló con esta sola palabra mágica: restablecimiento del poder tribunicio. Lépido marchó con un ejército sobre Roma, mientras Junius Brutus lo secundaba en la Cisalpina. El Senado recurrió á Pompeyo que no ejercia ningun cargo oficial; Lépido, derrotado en el puente Milvio y en Etruria, fué á morir de despecho en Cerdeña, y Bruto sucumbió, atacado por Pompeyo, en Módena. (77).

En seguida marchó á someter á los españoles. Sertorio, el hábil oficial que se habia distinguido tanto en el partido de Mario, despues de varias tentativas infructuosas para apoderarse de España, logró, por los años de 82, sentar sus reales en ella. Sus talentos militares y su conocimiento profundo del país, le sirvieron mucho para organizarlo y para identificar en cierto modo la idea de la independenciam de aquellas provincias con la del restablecimiento de la democracia en Roma. Mithridates le enviaba embajadores como si fuera el poder supremo en la República; los piratas le servian de correos; muchos de los proscritos de Sylla, y entre ellos Perperna con un ejército de italianos, se unieron á él, con lo que habia Sertorio, verdadero rey de España, organizado una especie de gobierno á la romana, instituido universidades para educar á los jóvenes españoles, (Huesca) y aquellos bravos montañeses lo deian hacer y lo seguian como á un inspirado de los dioses.

A pesar de la presencia del aguerrido ejército de Metelo en España, Sertorius habia hecho cundir la rebelion en la

Narbonesa y amenazaba ya á Italia cuando llegó Pompeyo, despues de ejercer á su paso por las Galias terribles actos de crueldad. Sertorio lo aniquiló casi en 76; al año siguiente Metelo y Pompeyo batieron á sus lugartenientes, pero hubiera sido deshecho por Sertorio este último si el primero no hubiese llegado á tiempo para operar la reunion de los dos ejércitos. En otra batalla cerca de Sagunto, gracias tambien á Metelo, vencieron los romanos. Los acontecimientos de los años siguientes (73 y 72) nos son desconocidos; la mala política de Sertorio acabó por disgustar á los españoles que empezaron á abandonarlo; por último Perperna le hizo asesinar. Metelo entonces se volvió á Italia y como Perperna fué vencido y capturado por Pompeyo, á éste tocó la gloria de haber dado fin á la guerra.

Quiso su buena suerte que el pacificador de España volviese á Italia á punto para cosechar los laureles sembrados por otro en la guerra servil. Ya hemos hablado del número inmenso de esclavos que habia en la península y cómo en todas partes habian reemplazado al trabajador libre; hemos mencionado tambien las frecuentes insurrecciones esclavistas y la dificultad que habia tenido Roma para sofocarlas; el mal estado de las provincias, los avances increíbles de la piratería en todo el Mediterráneo y la incierta situacion del gobierno, convidaban á una nueva intentona. La rebelion estalló en Capua en un cuerpo de gladiadores (73) que huyeron nombrando tres jefes, uno de los cuales, Spartacus, era hombre extraordinariamente enérgico y perspicuo; durante cerca de dos años desafiaron el poder de Roma, infligiendo serias derrotas á los cónsules mismos. Como hombre capaz, Spartacus, comprendió que seria imposible luchar por mucho

tiempo con la República y que el mejor partido era salvar los Alpes y volver cada uno á supais. Las hordas que lo seguian prefirieron diseminarse en Italia. Entretanto en Roma se habia depuesto á los cónsules confiando el mando supremo en la campaña á Crassus. Este fué siguiendo á Spartacus desde el Picenum, hasta la peninsula de Reghium, á donde se habia dirigido con el objeto de provocar una revolucion en Sicilia. Allí lo encerró Crasso, haciendo construir inmenso muro de mar á mar. Cuando Spartacus perdió la esperanza de insurreccionar la Sicilia, salvó aquella muralla con todo su ejército y volvió á Italia. Crasso lo siguió rápidamente; sin embargo no le hubiera dado alcance, si las tropas serviles incapaces de disciplina no hubieran obligado á su jefe á librar batalla. La lucha fué terrible, pero al fin las legiones se sobrepusieron y hubo entonces una gran carniceria. Spartacus pereció heroicamente (71). Los restos del ejército servil se precipitaron hácia los Alpes; Pompeyo los destruyó completamente y se atribuyó el éxito final de la campaña. Su triunfo fué espléndido y el pueblo aun antes de que hubiese pasado por los empleos de cuestor y de edil lo hizo cónsul. La gloria militar volvia á ocupar el primer lugar en la República, á pero ahora era el anuncio de la monarquía. Para recompensar al pueblo su entusiasmo por él, Pompeyo se alió con Crasso y con el joven César é hizo devolver al tribunado todas sus prerogativas. Desde entonces la autoridad del Senado entró en plena decadencia (70). Ciceron enteramente devoto al partido de los caballeros, aliados con la democracia en odio al Senado, le asestó un golpe furioso en el proceso de Verres, desacreditando para siempre el ejercicio del poder judicial en manos de los senadores. Consecuencia de esto fué el

restablecimiento de la censura, la degradación de más de sesenta senadores y la pérdida del monopolio de los juicios en materia de concusiones. Así es que la Constitución regada con tanta sangre por Sylla, no había podido vivir una década. En aquella oportunidad hubiera podido Pompeyo hacerse dictador y lo deseaba; pero como nunca estuvo su voluntad á la altura de sus ambiciones, prefirió licenciar sus tropas y retirarse á la vida privada en espera de más propicia ocasión. Esta se presentó bien pronto. Los piratas se habían hecho de tal manera dueños del Mediterráneo que capturaban impunemente los convoyes que la Sicilia y la Cerdeña enviaban á Roma. Cuando el pueblo sintió hambre volvió los ojos á Pompeyo. Entonces uno de sus amigos, el tribuno Gabinio, hizo una moción para que se le diera un mando militar sin límites en todo el Mediterráneo y en las costas; todo debía quedar sometido á sus órdenes y el poder entero del senado y del pueblo se encarnaron en aquel verdadero emperador del mar. El golpe era rudo para la democracia, pero los caudillos de la facción comprendieron que sería inútil oponerse á ella y solo vieron el golpe dado á la oligarquía. Efectivamente desde que un mando militar extraordinario y superior al de los cónsules podía ser confiado por el pueblo, el consulado, instrumento eterno de la oligarquía, había perdido su importancia y el Senado por ende. A pesar de la oposición de los padres conscriptos, la ley Gabinia fué votada y otra, poco tiempo después (*lex Manilia*) que quitaba al *optimatus* Lúculo, la dirección de la campaña contra Mithridates y se la daba á Pompeyo. Este dividió el Mediterráneo en varias secciones y en tres meses con admirable acierto, unas veces por la dulzura y otras por la fuerza, limpió el mar de piratas. Esta política de benevolencia llegó hasta el grado de que habiendo aceptado Pompeyo las proposiciones de arreglo que le hacían los habitantes de Creta, cuya conquista estaba verificando Metelo, envió á sus lugartenientes á la isla y como Metelo no hiciera aprecio de los arreglos ajustados con Pompeyo, los soldados de este lucharon con los cretenses contra Metelo, aunque en vano. Pudo ser aquel un principio de lucha civil; Pompeyo la conjuró á fuerza de prudencia. Una vez que el feliz capitán hubo destruido las inaccesibles guaridas de los piratas en Kilikia, fué á encargarse de la campaña contra Mithridates.

El sultan del Ponto había quedado desde su segundo tratado de paz con Sylla esperando una oportunidad para sublevar el Asia contra los romanos. Su instrumento para dar cima á aquella colosal empresa era su yerno Tigranes, que gracias á que el reino de los parthos había entrado en uno de esos períodos que semejan la muerte y que es un mal crónico de los pueblos orientales, había engrandecido su reino de Armenia extendiendo sus conquistas en todas direcciones, y dominando casi todo el antiguo imperio seleucida apoderándose de la Kapadokia y de parte de la Kilikia. Roma veía con inquietud á Mithridates consolidando su dominación en el Ponto y á Tigranes paseando por los litorales sirios del Mediterráneo sus ejércitos de cerca de un millón de hombres, como en los tiempos de Daríos y de Jerjes. En tal estado las cosas, murió Nikomedes III rey de Bithynia legando su reino á los romanos que inmediatamente se apoderaron de él, haciéndose vecinos del rey del Ponto. Este, comprendiendo que aquella era una ocasión propicia, mientras una parte de los ejércitos de Roma estaban ocupados en España, declaró la guerra. Entró desde luego en tratos con Sertorio y los piratas, y empezó sus sangrientas hazañas degollando romanos en el Asia menor (74).

Lúculo se encargó de la dirección de la campaña. Empezó por restablecer la tranquilidad en el Asia menor, después á pesar del descalabro de su lugarteniente Cotta obligó á Mithridates á levantar el sitio de Kalkedonia y luego maniobrando hábilmente siguió al rey del Ponto que con su inmenso ejército puso sitio á Kiziquia; este ejército se disolvió por hambre, pereciendo sus restos, mientras Mithridates huía. A poco perdió el rey su segundo ejército y su reino del Ponto, yendo á refugiarse en Armenia. Tigranes rehusó entregarlo y Lúculo con un puñado de hombres haciendo una marcha prodigiosamente audaz batió al gran rey y tomó á Tigranocerta, en donde sus soldados se hartaron de botín. Al año siguiente (68) volvió á batir á Tigranes é iba á apoderarse de Artaxata, ciudad construida en las faldas del Ararat por Hannibal, según la tradición, cuando los legionarios rehusando seguirlo por más tiempo en aquel rudísimo clima, obligaron á Lúculo á retroceder hasta la Mygdonia en donde tomó á Nisibe (67). En estos momentos el partido de los caballeros, furioso contra Lúculo que había reprimido en todas partes las exacciones de sus agentes en el Asia, le quitó el mando dándole a Glabrio, que se vio obligado á huir á Bithynia ante los ejércitos de Mithridates y Tigranes que aprovechándose de la forzosa inacción de Lúculo habían recobrado sus estados. Entonces Pompeyo recibió el encargo de reemplazar á Lúculo que se retiró á la vida privada en el seno de un lujo que maravilló á sus contemporáneos.

Pompeyo batió á Mithridates y en el campo de batalla fundó á Nikópolis (ciudad de la victoria). El rey, rechazado por Tigranes, huyó á la Kólkida; esto de nada sirvió á Tigranes que tuvo que solicitar de rodillas la paz. La Ar-

menia fué desmembrada, pero no tanto que no pudiera servir á los romanos de instrumento contra los parthos. El año 65 penetró Pompeyo en la Albania y en la Iberia hasta los bordes del Fasis, en cuya desembocadura le esperaba la escuadra. Renunciando á perseguir á Mithridates en aquellos desiertos, volvió al Ponto y de ahí atravesando el Asia menor penetró en la Siria. Ahí imperaban los hijos del desierto, árabes que protegidos por Tigranes habían subido á las regiones septentrionales de la Siria y las habían dominado; los judíos cuyo imperio floreciente desde la rebelión de los Macabeos había llegado á su apogeo en tiempo de Alejandro Jannai comprendiendo toda la región entre el valle del Jordan y el Mediterráneo, se habían luego entregado á luchas religiosas entre los ortodoxos fariseos y los saduceos (heterodoxos) y se encontraron envueltos en luchas intestinas, en que habían tomado parte los nabateos, pueblo semítico que venía de las regiones caldeas y que había llegado á sitiarse á Aristóbulo en Jerusalem. Todos estos pueblos se habían distribuido la Siria, quedando además algunas ciudades independientes. Pompeyo que quería dar á la República por límite oriental el Eufrates, redujo á provincias la Siria y la Fenicia, colocó á Hyrkano, el candidato de los fariseos, en el trono de Jerusalem, de cuyo templo se apoderó por la fuerza, y luego marchó contra los nabateos que acabaron por comprar la paz. Durante esta campaña supo que Mithridates traicionado por su hijo Farnakes se había dado muerte en Pantikapea (63) precisamente cuando combinaba un inmenso levantamiento de los pueblos bárbaros para precipitarlos sobre Roma. El paricida heredó el reino del Ponto. Entonces Pompeyo acabó de organizar la parte del Asia que había entrado defi-